

# GÉNERO, AUTORIDAD Y PSICOANÁLISIS. EL ROL DE LA MUJER EN EL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO Y SU RELACIÓN CON LA AUTORIDAD MASCULINA

ARIEL G. TARLATI

## Introducción

La imagen clásica de la psiquiatría de fines del siglo XX, tan bien retratada por André Brouillat en *La lección clínica del doctor Charcot*, está compuesta por el médico, sus colegas y alumnos, todos ellos hombres, y la paciente.

En esa época se registró en Europa una epidemia de histeria entre las mujeres que contribuyó a fijar esa imagen icónica para la posteridad.

Esta escena de curación, según la terminología propuesta por Michel Foucault<sup>1</sup> en *El poder psiquiátrico*, se inscribe en la historia de lo que él denominaba las disciplinas psi (psiquiatría, psicología, psicoanálisis) como sucesora inmediata de aquella escena fundacional de la psiquiatría en la que Pinel lleva a cabo la liberación de los locos en el asilo de Bicêtre dando origen al famoso tratamiento moral.

Es claro que en esta escena histórica, perteneciente al período de descubrimiento de la hipnosis y del análisis de la histeria (último tercio del S. XIX), el poder es detentado por el médico en tanto autoridad que encarna el saber psiquiátrico, mientras que la mujer queda circunscripta a un espacio que oscila entre la subordinación y la obediencia. Esta distribución regulada del poder da cuenta de cómo los dispositivos disciplinarios han sido la condición histórica de formación del saber psi.

A las escenas mencionadas le sigue en la tipología cronológica de escenas de curación establecida por el filósofo francés la escena psicoanalítica. Y es en ésta donde vamos a detenernos para explicitar y analizar los distintos lugares ocupados por la mujer en el movimiento psicoanalítico de la primera mitad del S. XX, así como su relación con la autoridad tradicionalmente ejercida por el hombre en el movimiento de marras.

Por último, es necesario aclarar que pretendemos abordar nuestro objeto de estudio desde una perspectiva histórica y de género, entendiendo por tal a la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, valores, conductas y actividades que diferencian a mujeres y a hombres<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Castro, Edgardo, El vocabulario de Michel Foucault, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

<sup>2</sup> Burin, Mabel, *Revista Científica de UCES* vol. XIII – N° 2 – primavera 2009.

## La mujer en la práctica psicoanalítica

A fines del S. XIX y principios del XX todavía reinaba en las sociedades europeas la moral victoriana; por ende, eran los valores de la burguesía en ascenso los que predominaban y legitimaban el orden social patriarcal imperante.

La mujer tenía asignada la función de protectora del hogar y la prole. Había sido confinada al ámbito doméstico mientras el hombre asumía la responsabilidad de velar por la subsistencia de su núcleo familiar. Así las cosas, el sexo femenino se encontraba en una relación de sometimiento respecto al hombre que era el encargado de ejercer el poder tanto en el plano social como en el político y el económico.

El acceso al mundo laboral para la mujer estaba restringido a ciertos oficios compatibles con el lugar que la sociedad le había impuesto.

El saber psi no admitía hasta entonces, y en semejante contexto, a la mujer sino como paciente. Sin embargo, la situación comenzaría paulatinamente a cambiar con el correr del siglo que comenzaba gracias a una disciplina que daba sus primeros pasos en el mundo científico: el psicoanálisis freudiano.

Siguiendo la tradición psiquiátrica, el caso fundacional de dicha disciplina tuvo como protagonista principal en el lugar de paciente, justamente, a una mujer: la famosa Bertha Pappenheim, presente en la literatura psicoanalítica bajo el seudónimo de Anna O.

Esta mujer había sido tomada bajo tratamiento por Josef Breuer, uno de los maestros de Freud, cuando contaba con veintiún años de edad. En ese entonces, alrededor de 1880, la joven padecía los más variopintos síntomas histéricos. El caso es descrito en *Estudios sobre la histeria* (1895) como un gran “éxito terapéutico”; y se le adjudica a la paciente el descubrimiento del método denominado por ella como “talking cure” o “chimney sweeping” (limpieza de chimenea), luego rebautizado por Breuer y Freud como método catártico, que consistía en la utilización de la hipnosis para liberarse de afectos patógenos a través de la abreacción producida mediante el revivir de los acontecimientos traumáticos a los que aquéllos estaban enlazados.

Este caso princeps mistificado, como ha demostrado la historiografía revisionista iniciada por Henri Ellenberger, fue utilizado por Freud como mito fundador de su ciencia; a partir de él construyó la plataforma de despegue para la narración de la travesía, dificultosa y solitaria, que lo llevaría a la creación del método psicoanalítico propiamente dicho basado en la asociación libre, es decir, en la palabra y el lenguaje, y alejado de una vez y para siempre de la hipnosis.

Con el psicoanálisis como nueva disciplina psi en pleno auge, Freud creó, en 1902, junto a cuatro discípulos, todos ellos hombres, la Sociedad Psicológica de los Miércoles: primer círculo de la historia del movimiento psicoanalítico y antecesor directo de la Wiener Psychoanalytische Vereinigung (WPV) y la Interantional Psychoanalytical Association (IPA).

El grupo inicial se reunía una vez por semana en la casa de Freud para discutir sobre temas de psicoanálisis. Como bien afirma J. J. Sebrelli<sup>3</sup>, en esos primeros tiempos Freud interpretaba el papel de jefe carismático, autoridad indiscutida al que se le debía obediencia estricta, cuidador de la ortodoxia doctrinaria y poseedor de un conocimiento de “iluminado” que no se compartía con el profano.

La única mujer presente en esas reuniones era Martha Bernays, la mujer de Freud, quien se limitaba a servir el café acompañado de alguna deliciosa torta. Jorge Balán<sup>4</sup> observa que a ninguno de los participantes de las reuniones de los miércoles les resultaba extraño que las mujeres entraran sólo como pacientes o para servir el café, puesto que la escena era igual en clínicas y hospitales.

El ingreso de la presencia femenina en lo que ya era la Sociedad Psicoanalítica de Viena tendría lugar a partir de 1910 con la incorporación de la médica Margarethe Hilferding. Luego ingresarían en 1911 Lou Andreas Salomé, la famosa escritora alemana, amiga de Nietzsche y asesinada por la Gestapo, y Sabina Spielrein, médica psiquiatra rusa, discípula de Jung, que se anticiparía en 8 años a la noción freudiana de pulsión de muerte y también asesinada por el nazismo. En 1913 se le permitiría el ingreso a la doctora Hermine von Hugh-Hellmuth, a quien Freud encomendaría la sección dedicada al psicoanálisis de niños en la revista *Imago*. De este modo ella se convertiría en la segunda profesional de ese ámbito, después de Freud e inmediatamente antes que Anna Freud y Melanie Klein.

Un año antes por iniciativa de Ernest Jones se formó el Comité Secreto: círculo selecto al que pertenecían los discípulos más fieles de Freud, con el fin de preservar la doctrina freudiana de toda desviación o mala interpretación. El creador del psicoanálisis entregaba una piedra preciosa grabada en hueco con un motivo griego, para montar en un anillo de oro, como símbolo de su fidelidad y compromiso con la causa, al más puro estilo de una logia masónica.

Desde sus inicios hasta su disolución (1912-1927) los miembros del Comité fueron pura y exclusivamente hombres, a excepción del ingreso de Anna Freud luego del alejamiento de Otto Rank en 1926. Esta ruptura de Freud con uno de sus discípulos más cercanos no fue la única: ya se habían distanciado del maestro Alfred Adler, Carl Jung y Wilhelm Stekel.

Freud dejó de rodearse en forma exclusiva por hombres cuando le diagnosticaron en 1923 un cáncer de mandíbulas, pasando a confiar más en las mujeres; y sobre todo en una de ellas: su hija Anna.

La hija menor de Freud asistía a las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena desde los trece o catorce años. Futura maestra, declinó su vocación para dedicarse al psicoanálisis e inició su análisis con su propio

---

<sup>3</sup> Sebrelli, Juan José, *El olvido de la razón*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006.

<sup>4</sup> Balán, Jorge, *Cuéntame tu vida*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1991.

padre, invalidando así la deontología definida por el propio Freud en *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (1912), a los veintitrés años.

Anna ingresó al psicoanálisis a través del análisis de niños, como lo haría su futura gran rival, Melanie Klein, y, con la anuencia de su padre, comenzó a hacerse cargo de las responsabilidades institucionales que hicieron de ella la celosa guardiana de la ortodoxia freudiana. Ambas mujeres, a través de sus concepciones teóricas antagónicas, se convertirían en líderes de las dos corrientes enfrentadas en el seno de la IPA: el kleinismo y el anafreudismo.

Acertadamente, Jorge Balán<sup>5</sup> refiere que el núcleo paradigmático de *La lección clínica del doctor Charcot* —el médico, rodeado de sus colegas y discípulos varones, curando a una paciente mujer— con su división sexual de roles dentro del psicoanálisis, termina por quebrarse para siempre cuando la herencia freudiana deja de ser disputada por los hombres que se van para ser el motivo del conflicto entre las mujeres que se quedan.

La mujer pasó a ocupar así un lugar de relevancia dentro del movimiento psicoanalítico y, por ende, dentro del saber psi, que era impensado a comienzos de siglo. La disputa entre Melanie y Anna Freud se prolongaría, con múltiples enfrentamientos personales, durante dos décadas. Siguiendo, nuevamente, a Jorge Balán, podemos señalar que el hecho de que esa lucha fuera encabezada por dos mujeres que no eran médicas demuestra cuán lejos había llegado el psicoanálisis hacia finales de la primera mitad de siglo y, a su vez, cómo el papel de la mujer había mutado no sólo en la práctica sino también en relación a la autoridad masculina.

### Consideraciones finales

A lo largo de esa primera mitad del S. XX el sexo femenino, por medio de la lucha del movimiento feminista y de cambios estructurales producidos en la sociedad, obtuvo múltiples reivindicaciones, como el derecho al voto, un mayor acceso a la vida pública, el empleo igualitario, etc.

Nosotros hemos visto hasta aquí cómo la mujer, en consonancia con los signos de los tiempos, pasó, progresivamente, del diván a ocupar el sillón de analista, adquiriendo cada vez más un mayor influjo en el movimiento psicoanalítico.

El psicoanálisis contribuyó a la emancipación femenina en tanto y en cuanto le permitió a la mujer ocupar un lugar de importancia en el movimiento en cuestión; y, principalmente, a través del psicoanálisis de niños, ya que su práctica carecía de la exigencia de estudiar medicina (carrera en general reservada a los hombres).

Jorge Balán<sup>6</sup> afirma que las mujeres entraron en el psicoanálisis por la vía de los niños en función del destino de educadoras que el imaginario social les había reservado. Pues bien, es necesario aclarar, esto no es del

---

<sup>5</sup> Op. Cit.

<sup>6</sup> Op. Cit.

todo cierto; la trayectoria de algunas de las primeras mujeres analistas así lo demuestra. Lou Andreas Salomé se inició en la práctica psicoanalítica en 1912 y atendió adultos. Sabina Spielrein, iniciada anteriormente y futura analista de niños delincuentes, comenzó su actividad con adultos; el mismísimo Jean Piaget fue su más famoso analizado. Helen Deutsch, que comenzó con la atención terapéutica alrededor de 1918, también se dedicó a los adultos.

Siguiendo esta línea, tampoco puede afirmarse que el psicoanálisis de niños haya sido un campo exclusivo de la mujer: el primer análisis de un niño, el famoso caso Hans, fue llevado a cabo por Sigmund Freud a través de Max Graf, padre del jovencito, que oficiaría de analista. Sandor Ferenczi también analizó a un niño de cinco años a través de una ex paciente suya, publicando los resultados en 1913. No fueron los únicos; también otros hombres se dedicarían a esta rama del psicoanálisis: August Aichhorn, Erik Erikson, René Spitz, Donald Woods Winnicott y John Bowly.

Las mujeres produjeron innovaciones en la teoría y en la práctica, y no sólo en la referida a niños, y llegaron a ser el referente principal de distintas corrientes dentro del movimiento psicoanalítico; en consecuencia, adquirieron una libertad y una soberanía que les permitió postularse como herederas al trono freudiano y ejercer la autoridad que tradicionalmente había pertenecido a los hombres.

Esta autoridad recayó tradicionalmente, como hemos dicho, en el hombre, no sólo por estar enmarcado el desarrollo del freudismo en una sociedad patriarcal, sino también porque era el médico el poseedor de un saber del cual el/la paciente carecía.

La autoridad tenía que emanar del terapeuta, en quien el analizado depositaba su confianza y expectativa de curación. La mujer al pasar a ocupar el sillón de analista inmediatamente se inviste de ese poder frente al paciente, cualquiera sea su sexo.

Esta distribución de las relaciones de poder llevaron a Foucault a concluir en *Historia de la locura en la época clásica*<sup>7</sup> que el psicoanálisis sustituye la mirada asilar que vigila por la palabra indefinidamente monologada del vigilado; pero en esta situación, en la reciprocidad no simétrica de un lenguaje sin respuesta, conserva la antigua estructura no recíproca del asilo.

El filósofo francés consideraba que la psiquiatría del S. XIX convergía en el psicoanálisis, dado que el psicoanalista, al igual que el médico, funciona como figura alienante: “Freud ha desplazado hacia el médico todas las estructuras que Pinel y Tuke habían dispuesto en el internamiento. Libró al enfermo de esta existencia asilar en la que lo habían alienado sus “liberadores”; pero no lo libró de lo que había de esencial en esta existencia; reagrupó los poderes de ésta, los contrajo al máximo, ligándolos en la mano del médico; creó la situación psicoanalítica, en la que, por un cortocircuito genial, la alienación se vuelve desalienante, porque, en el médico, ésta se convierte en sujeto”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Op. Cit.

<sup>8</sup> Op. Cit.

Al asumir la mujer el rol que otrora ocupara exclusivamente el hombre, reedita la situación de sumisión a la que ella estuvo expuesta como paciente; pero ahora, ocupando la posición de saber.

### **Bibliografía**

- Autores varios, *El libro negro del psicoanálisis, vivir, pensar y estar mejor sin Freud*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
- Balán, Jorge, *Cuéntame tu vida*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1991.
- Castro, Edgardo, *El vocabulario de Michel Foucault*, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- Onfray, Michel, *El crepúsculo de un ídolo, la fabulación freudiana*, Editorial Taurus, Buenos Aires, 2001.
- Elizabeth Roudinesco, Michel Plon, *Diccionario de psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Sebrelli, Juan José, *El olvido de la razón*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006.
-